

*La novela realista*

JUVENTUD CATÓLICA DE OVIEDO

---

DISCURSO  
LEIDO  
EN LA SESIÓN INAUGURAL

DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1886

EL DÍA 17 DE ENERO

BAJO LA PRESIDENCIA DE HONOR

DEL ILMO. Y RVMO. SR. OBISPO

POR EL

PRESIDENTE DE LA ACADEMIA

D. GUILLERMO ESTRADA Y VILLAVERDE



OVIEDO

IMP. DE CELESTINO FLOREZ Y COMP

CALLE DE CAMPOMANES, 30

—  
1886

Ast  
F.S.  
C  
10-2



JUVENTUD CATÓLICA DE OVIEDO



Sección Bibliografía Asturiana

RDFS Ast F.S. C 10-2  
01881200979 R93088968



Act  
F.S.C. 10-2

JUVENTUD CATOLICA DE QIEBO

JUVENTUD CATÓLICA DE OVIEDO

---

# DISCURSO

LEIDO

## EN LA SESIÓN INAUGURAL

DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1886

EL DIA 17 DE ENERO

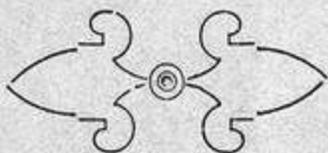
BAJO LA PRESIDENCIA DE HONOR

DEL ILMO. Y RMO. SR. OBISPO,

POR EL

PRESIDENTE DE LA ACADEMIA

D. Guillermo Estrada y Villaverde



OVIEDO

IMP. DE CELESTINO FLOREZ Y COMP.

CALLE DE CAMPOMANES, 10

—  
1886

A. 1881200979

R. 93088968

JUVENTUD CATÓLICA DE OVIEDO

DISCURSO

LEIDO

EN LA SESIÓN INAUGURAL

DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1886

EL DIA 17 DE ENERO

BAJO LA PRESIDENCIA DE HONOR

DEL ILMO. Y RMO. SR. OBISPO,

POR EL

PRESIDENTE DE LA ACADEMIA

D. Guillermo Sainza y Villaverde



OVIEDO

IMP. DE ESTUDIO PIÑER & COMP.

CALLE DE CAMPANARIO 10

1886

Á LOS SOCIOS  
DE LA  
JUVENTUD CATÓLICA DE OVIEDO

---

Señores y amigos míos:

Cuando escribí estas páginas en pocos días, como ustedes saben, no se me ocurrió que pudieran merecer el honor de ser impresas; pero hoy pecaría yo de desagradecido y descortés, si no accediera al deseo de publicarlas que Vds. me manifiestan. Queda, pues, á la plena disposición de la Academia un discurso hecho como de pasada y sin pretensiones; y quiera Dios que la buena voluntad de Vds. no me obligue á volver de nuevo sobre el asunto.

Es de Vds. siempre verdadero servidor y amigo,

EL AUTOR.



*Ilmo. y Rvmo. Señor:*

**U**N periódico de la localidad, al dar cuenta de la última sesión inaugural de esta Academia, dijo, así como de oídas, que yo había leído un discurso, pintando los daños que produce la mala literatura. Tal aserción, no era rigurosamente exacta, pues sólo por incidencia dije algo de esto; pero recordándolo yo últimamente, me encontré—lo cual no es poco encontrar—como ya hecho un tema, cuya oportu-

tunidad no puede ponerse en duda. Yo he de empezar pidiendo perdón á V. S. I., no por lo impropio de ese temá, sinó por otra consideración muy distinta: *sancta sancte sunt tractanda*, dice con gran verdad un piadoso aforismo, y parece que *á contrario sensu*, cuando se trate de lo que nada tiene de santo, ante una sociedad de jóvenes siempre propensos al buen humor, y por quien como yo no tiene autoridad ni misión para sermonearlos, es fácil que la pluma se corra á veces con cierto desenfado; por lo cual, y por tantos defectos, habrá de otorgarme anticipadamente su indulgencia V. S. I., así como el público que me escucha.

El tiempo prudencial de que puedo disponer, no es suficiente para que yo recorra, ni siquiera como quien va en tren expreso, el campo bien vasto de la literatura. Así, he de dejar á un lado la poesía, que en los días que alcanzamos ha de ser muy buena, y áun siendo buena, no ha de ser larga, para que no se caiga de las manos; nada diré tampoco del teatro, que á los defectos literarios suele agregar los de la mala ejecución: bastante será que me concrete á la novela, y ojalá que hablase ante un público tan completamente sensato y formal, que sólo conociese en

teoría el asunto con que voy á ocuparme; no como yo, que he sido en él gran pecador, de lo cual hago aquí pública y sincera confesión.



... el mundo con que voy á ocuparme  
... como yo que he sido en el gran po-  
... de lo cual hago una pública y sin-  
... con la

—

agradable. La novela viene en trozos, por  
cada una ración del periódico nuestro de  
cada día; se ostenta en las estancias de  
toto-carril, dirigiendo á hacer más breve  
el camino; se cuelga bajo nuestras puertas  
á dos cuartos la crítica, y con raras  
y es á la vez objeto de las ediciones más  
ricas y elegantes. La novela se dedica  
en el teatro de un hombre de letras,  
como en el costurero de una modistilla.  
Para la capa de un estudiante se leida á  
modistillas del profesor; y bajo la capa  
hacia para las horas en que nos traba  
de familia. Señores: el sueño de sus

**L**AS novelas, tratadas todavía algo  
desdeñosamente por Villemain, son  
hoy la publicación que más hace sudar la  
prensa de ambos hemisferios en su ince-  
sante trabajo. Diríase que nada responde  
mejor á un estado del mundo, en que se  
saben tantas cosas nuevas, que van que-  
dando descuidadas otras antiguas y más  
sérias; en que todo se facilita tanto, que  
solamente quedan ánimos para lo futil y

agradable. La novela viene en trozos, pègada á un rincón del periódico nuestro de cada día; se ostenta en las estaciones de ferro-carril, brindando á hacer más breve el camino; se cuele bajo nuestras puertas, á dos cuartos la entrega, y con viñetas; y es á la vez objeto de las ediciones más vistosas y elegantes. La novela se desliza en el bufete de un hombre de Estado, como en el costurero de una modistilla: bajo la capa de un estudiante es leida á hurtadillas del profesor; y bajo la almohada, mata las horas en que una madre de familia ha de velar el sueño de sus hijos.

Aún he de circunscribir más mi asunto, prescindiendo de la novela en aquellas naciones, cuya literatura no es tan generalmente conocida; ó de aquellas otras que, como la nuestra, no hacen hoy más que ir á remolque en este ramo. Así, por ejemplo, en la grave y sesuda Inglaterra, la biblioteca Tauschniz cuenta ya millares de manuales volúmenes, todos originales y modernos: Inglaterra es la patria de Goldsmith y W. Scot, de Dickens y Bulwer, de Tackeray y Collins; la patria de Jorge Elliot y Ouida, seudónimos de dos damas que marchan al frente de un batallón de literatas, reclutado en gran

parte entre las familias, así como de género epiceno, que forman los pastores de la iglesia anglicana. Los novelistas, los escritores ingleses en general, suelen ser gentes nobles ó ricas, que han recibido la séria instrucción colegial de sus universidades, donde adquieren valiosas relaciones, y que pasan después por un concienzudo noviciado en Revistas y otras publicaciones anónimas, difundidas entre un público circunspecto y frío. Pero la novela inglesa, aunque provista de un buen carácter de observación, aunque sabe unir cierto idealismo con el genúino espíritu práctico del país, aunque no suele mostrarse abiertamente impía, ú opuesta al *decorum* británico, es por otra parte fría en la expresión, algo enfática de estilo, y prolija en argumentos de poco interés, con fácil desenlace.

El arranque novelesco es más propio del genio francés; de aquellos autores que generalmente salen de las clases desheredadas, que tienen que pasar un período de lucha sombríamente pintado en el *Jacques Vingtras* del *communard* Vallés, que han de debérselo todo á sí mismos, escribiendo improvisada y arrebatadamente para ganar su vida cotidiana. Antes de llegar á las comodidades y al lujo, de que hoy

gozan en Francia hasta las medianías de los hombres de letras, ¡cuántos días de calaveradas y extravagancias en los tiempos románticos! ¡y cuántos días ahora de escasez soportados con juvenil descuido, co-deándose con el vicio y la miseria, descritos de mano maestra por Murger en su *Vida de Bohemia*, es decir, en la vida gitanesca que llevan los aprendices de literato parisienses, como también un poco los de nuestra patria! Francia marchá, y probablemente seguirá marchando al frente de la novela, como de todo artículo de moda; y llevarán su marca de fábrica el tono y las escuelas de un género, ligero y cosmopolita como la Francia misma.

Cuando á principios del siglo, y pasada la revolución, el espíritu público francés quiso distraerse del recuerdo de aquellos horrores, resucitando la amena literatura, encontró que el clasicismo preceptista y retórico, como tantas otras cosas del antiguo régimen, se había eclipsado ante formas nuevas: estas nuevas formas literarias carecían de dirección, porque en general sirvieron para expresar la oposición política; y Napoleón, que regía los destinos de Francia, no supo enrayar el movimiento, no estando personalmente dotado de aquel buen gusto en las letras, que

distinguió por ejemplo á Luis XIV en sus tiempos. Revistióse entonces la novela del carácter medio auto-biográfico, que se encuentra en el *Réné* de Chateaubriand, el *Obermann* de Sénancourt, el *Adolfo* de Benjamín Constant, la *Corina* de Madame Stael; y cuya última expresión fueron el *Rafael* de Lamartine y la *Lelia* de Jorge Sand: libros escritos en estilo monótono y quejumbroso, de gentes que se empeñan en hacer interesantes á todo el mundo sus teatrales desilusiones. El conocimiento de las literaturas extranjeras que se iba propagando en Francia, produjo la escuela llamada ya por entonces romántica, cuyos primeros intérpretes en la novela, Nodier, V. Hugo y Stendhal, mostraron empeño en tratar asuntos llenos de nervio y lirismo, superiores á todo lo que fuese vulgar y adocenado. Y así como más adelante Napoleon III, por miedo á la revolución, dejó convertirse el liberalismo político en liberalismo económico, del mismo modo los Borbones de la Restauración, vieron con cierta complacencia la revolución literaria, teniéndola por más inofensiva que la que pudiera resultar de las luchas y discusiones en las Cámaras. Las asonadas y desórdenes que solían suceder después á la inmediación de los parlamentos en

los días de sesiones borrascosas, habíalas entonces cerca de los teatros en las noches de algún estreno célebre; y clásicos y románticos solían ventilar á puñadas su distinto criterio: más apasionados en esto que los mismos españoles, á pesar de nuestra sangre meridional, pues nunca llevamos nosotros tan allá las reyertas del Parnasillo, y demás sociedades *ejusdem furfuris*. En tiempo de Luis Felipe, rotos ya todos los diques, y los diques religiosos los primeros, sin más trabas que la censura política *pro fórmula*, llegó la novela al apogeo de su influencia y desarrollo, y desde entonces no le tocó más que decrecer.

¿Quién podrá calcular hasta dónde llegó esa influencia, ya de por sí deletérea? Porque no se trata simplemente de un entretenimiento frívolo, cuyo mayor mal sea el de hacernos perder el tiempo, no; bajo la capa de la novela pasó de contrabando lo más corruptor en el orden privado, lo más peligroso en el orden público. Durante el período álgido del moderantismo político en España, cuando la prensa de oposición aguzaba su ingenio para decir sin tropiezo una descantada á un ministro, los periódicos más conservadores anduvieron en pleitos y competencias sobre

quien traduciría con mayor anticipación y premura en sus folletines el *Martín el expósito*, una de las más pobres rapsodias de Eugenio Sue, destinada á defender absurdas teorías sociales. ¿Qué más? Lo que no consiguió en Francia ni el Gobierno, ni las Cámaras, ni la prensa ante la opinión pública, al ventilarse empeñadamente la cuestión de libertad de enseñanza, lo consiguió el mismo Sue con una disparatada y perversa diatriba contra los Jesuitas: *El Judío errante*, que hoy yace en el olvido, fué quizá el libro que más vulgarizó ese espíritu de general prevención y desconfianza contra el Clero, que la generación actual heredó de la anterior.—La novela, obra poderosa de destrucción, es muy poco eficaz para la edificación. En vano un ilustre Cardenal inglés, nacido por cierto en España, cuyo nombre de Wissemann parece símbolo de su cualidad de sabio, se esfuerza por sanear el género, y escribe una obra maestra de gusto, seriedad y elevación, que parece familiarizarnos con la vida ordinaria de los santos mártires en las edades heroicas del Cristianismo, esparciendo á la vez tesoros científicos acerca de la primitiva arqueología de las Catacumbas. En vano los P. P. Jesuitas Bresciani,

Franco y otros se encargaron en la *Civiltá Cattolica* de la parte amena de este género de Revistas, y en forma de novela refieren muchos secretos de la masonería y de los principales sucesos políticos modernos. En vano otro jesuita español, el P. Coloma, está siendo hoy como una resurrección de Fernán Caballero; todos estos libros andan en manos de personas piadosas que no los necesitan, y con ellos bostezan las gentes del mundo.

Y es que en esto, como en otras muchas cosas, tiene que ser muy desigual, de tejas abajo, la lucha entre los hombres de bien y los que no lo son. La moral católica pondrá siempre su veto á ciertos perfiles muy sustanciosos en materia de novelas. El conducirnos, aunque sea con forma agradable, por las vías de la verdad y de la virtud, ha de costarnos siempre un esfuerzo, como de quien va cuesta arriba, al paso que basta dejarse llevar cuesta abajo cuando se lisongean nuestras pasiones, y especialmente ciertas pasiones, móvil poderoso de la novela. Y si esto suelen conseguir verdaderos esperpentos literarios, sin mérito ni atractivo, ¡cuánto más atraerán al error y la seducción obras notables, que desgraciadamente no escasean en este linage de libros!

¡Cuántas señoras, que por sentimiento religioso y natural decoro, rechazarían con horror cualquier insinuación deshonrosa, la siguen, sin embargo, con interés y simpatía, disfrazada en ese lenguaje convencional, tan conocido de los autores diestros en describir tales lances! ¡Cuántos jóvenes bien inclinados, que arrojarían con aversión una obra abiertamente impía ó inmoral, se dejan alucinar por ciertas lecturas, donde por todas partes flota como fantasma un vago espiritualismo, sin que en ninguna se sientan los efectos de su presencia real! ¡Cuántos en ciertas novelas beben como el agua un cristianismo anodino, sin olor, color ni sabor, como si el Evangelio fuese leyenda de azúcar y manteca, y no tuviese también sus dogmas terribles y abrumadores!

¿Qué importa? — suelen decir como observación decisiva las damas novelómanas. — ¿Qué importa la libertad de algunas escenas, si al día siguiente no me acuerdo del argumento? Verdad es que la mayor parte de los argumentos no merecen ser recordados más de veinticuatro horas; pero lo que no se olvida nunca es aquella duda de que no teníamos noticia en cosas de fé, duda que se insinúa en un dicho de paso, ó quizá en una frase humorísti-

ca; lo que se infiltra en el fondo del corazón para turbar por siempre su serenidad y honradez, es uno ú otro pasaje, que á cada cual hiere según su particular temperamento, y en que á vuelta de galas y flores, lo que se hace, hablando en plata, es embellecer la deshonestidad.

Porque el *quid* de todo enredo novelesco es tocar aquel delicadísimo resorte humano, que si por una parte puede hasta acercarnos á Dios, si en contadas ocasiones, idealizado y purificado por lo más severo del freno religioso, puede darnos algo de angélico, por otra parte, y en la casi universalidad de los casos, puede convertirse en la pasión más peligrosa, que nos ponga á un nivel más bajo que el instinto de los brutos; puede muy fácilmente caer en un pecado, donde el casuismo no encuentra parvidades ni distingos, pues según la rígida frase de los moralistas católicos, es el camino más ancho por donde van las almas al infierno. La novela, y lo mismo la que sube en alas de talco y papel de colores á un cielo espiritista y espiritado, cielo de similor y luces de Bengala, que la que baja á revolcarse en cieno como animal inmundo, gira siempre en derredor de la pasión amorosa, como los planetas en derredor del sol.

El amor hoy en moda no tiene, como en antiguos libros españoles de recreo, carácter picaresco, ni es la expresión calderoniana de galanterías alambicadas, con sus puntas y ribetes de patético. El amor hoy en moda, quizá desde *La Nueva Eloísa* de Rousseau, ha de ser un sentimiento absorbente como ningún otro, y no sólo en la mujer, sinó en el hombre; ha de ser no la explicación de los extravíos, sinó la disculpa; más que la disculpa la justificación del vicio y hasta del crimen; ha de llenar no solamente la vida, sinó también la muerte, que contadísimas veces se pinta en las novelas más que como un incidente para dramatizar el asunto, sin pensamiento alguno de la verdadera eternidad. ¿Ni cómo sería de otro modo, si por lo que hemos tenido ocasión de indicar antes, las novelas están escritas casi siempre por gente hostil á toda idea religiosa, y tanto más hostil cuanto más la ignoran?

Y cuenta que no se trata de amoríos como en los tiempos de antaño, que paraban por casarse, y vivir los novios muchos y felices años. De las miríadas de novelas que hoy pululan por todas partes, no es exagerado el decir que un noventa por ciento tienen por núcleo el adul-

terio; y en otra fracción que aún está en minoría, pero que va creciendo y desarrollándose, como ya los paladares estragados necesitan nuevos estimulantes, el amor adúltero va cediendo el paso, ó marcha de conserva con el amor incestuoso y sacrílego.

Sobre este fondo fijo y esencial, ¿cómo enumerar la falange de escritores que á él dedicaron su inventiva? ¿Quiéu se atreve siquiera á clasificar en grupos ese bazar inmenso, donde existe provisión para cuantas exigencias y caprichos ocurran? Entre las mil patas de ese pólipo que todo lo invade y á todo se agarra, puede encontrarse la novela terrorista, imitación de Ana Radcliffe, Hoffman y Edgard Poe, la declamatoria de Arlincourt, la anodina de Berthout, la social de Balzac, la socialista de Sue, la egalitaria de Masón, la pseudo-histórica de Alejandro Dumas padre, la complicada de Soulié, la viril de J. Sand, la sentimental de Sandeau, la truhanesca de Paul de Kock, la interesante de P. Feval, la patética de Saintine, la mundana de Arsenio Houssaye, la apasionada de Amadeo Achard, la juiciosa de Souvestre, la original de Alfonso Karr, la escéntrica de Meri, la desalmada de Merimé, la observadora de Dsoz, la

reflexiva de la condesa Dash, la científica de Julio Verne, la militar de Paul de Molenes, la clerical de Fabvre, la infantil de Mad. de Segur, la correcta de Cherbuliez, la descarada de About, la aristocrática de Feuillet, la burguesa de Mad. Henry Greville, la democrática de Erkman-Chatrian, la de la prostitución de Dumas hijo, la de ladrones de Ponson du Terrail, la de policía de Gaboriau, la ingeniosa de Chavette, la tonta de Montepin, la sucia de Belot, la delicada de Halevy, la entretenida de Marc Monnier, etc., etc., etc., etc.

Entre todas estas ramas de la novela hay una que aspira á ser nuevo tronco, que pretende haber fijado el patrón de todo libro digno de aquél nombre, y á la cual dedicaré por tanto especial mención, empezando por estudiar las causas que la engendraron, dentro de la general tendencia positivista de hoy día.

Ya antes se ha indicado que, desde los últimos tiempos de Luis Felipe, la novela entró en decrecimiento, y éste hubo de pronunciarse más durante el segundo Imperio, período de general descenso artístico y literario. La gran prensa política, por ejemplo, cedió de su importancia ante

el periódico noticiero á perro chico, importado en España por las primeras hojas llamadas autógrafas; y el interés de los antiguos artículos de fondo, fué sustituido por el de las correspondencias de los *reporters*. Así como en España no volvieron á componerse zarzuelas que pudiesen competir con las primeras, así en Francia descendió la música hasta la opereta de Offenbach, á pesar de haber dedicado Napoleón III á la ópera nacional el edificio más suntuoso de su época. Pues del mismo modo, la confección de las novelas acabó de hacerse un negocio al día, ajustado por tantas ó cuantas semanas para un periódico, y en ese tiempo había que excitar por todos los medios la atención del vulgo de los lectores. En un admirable libro de crítica contemporánea, ya un poco anticuado, el *Jerónimo Paturot*, se describe gráficamente la manera de concluir los folletines en fin de mes, para que el afán de averiguar cómo se desenlaban pasages misteriosos y tremebundos, fuese origen de una renovación de suscripciones.

Era necesario discurrir situaciones violentas, atropellar toda verosimilitud, extremar caracteres y argumentos, é idear como cosa corriente ó abnegaciones ó crí-

menes tales, que sólo muy por excepción pueden pasar en nuestra sociedad. La muchacha cándida y rica que creyese este mundo poblado de ángeles láicos, como los héroes de las novelas tontas, pronto sería buena presa para cualquier corsario de dotes con quien tropezára: el jóven que al dar los primeros pasos en la vida, la juzgase por lo que se lee en las novelas de gran efecto, creería irse codeando por donde quiera con gentes capaces de todos y cada uno de los siete pecados capitales, y otros más que hubiese. Fuera de que las formas son más pulidas y á la moderna, no hubiéramos ido en materia de invención mucho más allá de aquellas hadas benéficas, de aquellos mónstruos y endriagos, soñados por la infantil imaginación de la Edad Media.

¡Ah si, Dios quisiera suscitar un nuevo Cervantes, que de las novelas diese tan buena cuenta como la que se dió de los libros de Caballería, con el Hidalgo Don Quijote de la Mancha! ¡Qué de caricaturas hubieran ocurrido á la cáustica pluma del Príncipe de nuestros ingénios! ¿Qué no diría de aquel piloto evadido de una prisión de Estado, arrojándole al mar en un saco, y que se va en busca de un tesoro, para cambiarse después en un per-

fecto hombre de mundo, y elaborar durante largos años las tramas de una complicada venganza contra sus injustos perseguidores, hechos también unos personajes!..... pues tal es *El Conde de Montecristo*, de Dumas. ¿Qué diría de aquel pobre irlandés, deportado á la Australia, que allí se asocia á un grupo de malhechores, y puesto después al frente de una gran compañía de ladrones, es agente de Rusia, rey de la moda en Lóndres, y llega á poner á dos dedos de su ruina todo el poder de Inglaterra, salvado á última hora por el error de un escocés visionario y medio loco!..... pues tales son *Los Misterios de Lóndres* de P. Feval. ¿Qué diría de aquel clérigo, que por ver desde una torre á una gitana bailando en la plaza, olvida la doble austeridad del sacerdocio y la ciencia, y encontrándose postergado á un arquero insustancial, se entrega á todos los crímenes y horrores de los celos y de la inquina!..... pues tal es *Nuestra Señora de París*, de V. Hugo. Y si estos son los partos de los grandes maestros, si hasta Sue para dar relieve á un príncipe filántropo, le mete por las tabernas á golpearse con ladrones y asesinos, imagínese dónde llegarían los desatinos, en manos de literatos chirles y de medio pelo.

Pues bien; contra esas insánias pretende reaccionar la novísima escuela llamada naturalista ó realista, si bien los prácticos tratan de señalar matices diferenciales entre una y otra denominación. Esos nombres indican que los adeptos al sistema han de sujetar su imaginación á no salirse de los límites de la realidad ó de la naturaleza, en el estudio que hagan no ya principalmente de sus impresiones personales, sinó más bien de los caracteres ó de las costumbres. Desgraciadamente para ellos, como las costumbres y los caracteres tienen hoy tan poco de estéticos, poco estéticos han de resultar también sus fieles retratos. Si; hoy día la impiedad, la especulación, la política, el sensualismo, todo lo que constituye las aspiraciones de la vida moderna, toca ya en ciertos extremos de verdadero cinismo; y algo cínica tiene que mostrarse también su expresión, si ha de ser exacta. Faltando á un juicioso principio de Mérimé, según el cual la gran dificultad en literatura no es la de observar ó describir, sinó la de escoger, para los realistas los asuntos son indiferentes; es más, diríase que el afán de cultivar lo que hasta aquí se evitaba como extraño ó indecoroso, lleva al realismo á estudiar la naturaleza

bajo aspectos tan raquíticos y pesimistas, que según la no sospechosa frase de Renan, “si la naturaleza fuese solamente así, no habría por qué tomarse el trabajo de hablar de ella.” Y es que por culpa y no pequeña del mismo Renan y de tantos otros, la mirada del hombre se fija cada vez más exclusivamente en lo positivo y tangible, se aparta cada vez más de lo alto, del espíritu, del ideal; y al convertirse del cielo á la tierra, ¿qué ha de encontrar sinó lo material, lo deleznable y lo bajo?

No hé de investigar aquí los remotos orígenes y evoluciones de la tendencia naturalista; básteme decir que tal como hoy existe, fué principalmente mantenida por Gustavo Flaubert, que escribió en tiempos de Napoleón III, sin más reputación entónces que la de un autor de segunda fila, á quien hoy se quiere poner delante de los de primera. Fué hijo de un cirujano de Rouen, y aunque corpulento sin gracia y de aspecto robusto, sufría frecuentes ataques de epilepsia, lo cual le dió un carácter excéntrico y huraño, muy poco apropiado para tener amigos. El principal de estos, casi el único, que es el académico Máximo Du Camp, dedicó á enaltecerle la mayor parte de sus *Me-*

*morias literarias*, donde constantemente le describe como un exaltado retórico, sin ideas serias de moralidad. Sus obras son excasas, y pertenecen al género que Boileau llamaba el peor de todos, el género fastidioso; era escritor poco fecundo, y un perpétuo limador de la frase, en lo cual le imitan sus discípulos, cuyos libros gozan también de cierta nota por ese barniz de la dicción y de la sintáxis. Prescindiendo de los hermanos Goncourt, que aspiran por su parte á ser llamados fundadores del realismo, hoy tiene éste su principal personificación en Emilio Zola, aunque muchos, y con razón en mi concepto, prefieren á Daudet, y á juzgar por el número de ediciones, algún otro goza hoy de mayor privanza en el público. De un modo más ó menos directo, al realismo pertenecen los novelistas ahora más en boga, como Ohnet, Ulbanc, Delpit, Claretie, Malot, Maupassant *e tutti quanti*.

Si hubiera de hacerse un estudio detenido acerca de Zola, no podría negársele que como literato sabe manejar los asuntos que conoce, no tanto los que no conoce: que es laborioso, y dotado de fuerza de voluntad suficiente para llevar adelante su empeño, y que como particular es persona de costumbres modestas

y ordenadas, aunque á juzgar por sus polémicas, no debe ser muy sufrido. Notándose, sin embargo, que loménos malo de él es lo ménos realista, puede sospecharse sin temeridad de juicio que esté sacrificando á la moda un renombre más alto, y además de la moda un poco á la cuestión de pesetas. Lo cierto es que Mr. Brunetiere, el crítico literario de la *Revista de ambos mundos*, la revista más correctamente librepensadora que hoy existe, ha dicho de Zola en más de una ocasión, que ni tiene gusto, ni instrucción, ni siquiera moralidad; lo cierto es que un francés de buen humor ha entresacado con el título de *Flora pornográfica*, los pasages más crudos de Zola, como para ponerlos á la vergüenza pública, donde la vergüenza exista.

El naturalismo literario no tiene entrada todavía en las Academias oficiales: el *esprit gaulois* de Francia mira como más propias del espíritu germánico las concepciones sombrías y pesimistas, que no están reñidas para los que las profesan, con ser en la práctica verdaderos *bons vivants* y gente de buen humor. Ni en Francia, ni fuera de ella, quienés se precien de distinción y delicadeza en sus tendencias, podrán admitir nunca ciertas

tendencias realistas. El primer libro célebre de Zola, traducido al español con el título de *La Taberna*, tiene la mayor parte de sus diálogos escritos en *argot*, que es el caló de los barrios bajos de París. Pobres de nosotros el día que en nuestra patria, para mejor imitar la realidad, se exornen los diálogos de gente baja y no baja, con las palabras que, sin estar en el Diccionario, son no bastante—y dicho sea de paso, y no para honra de España—las de uso más frecuente. El advenimiento de las inferiores capas sociales, que tanto se preconiza para la política, podrá tener lugar también para la literatura, en las formas sencillas y sentidas de la poesía ó la leyenda popular, no en las formas groseras y obscenas de los perdidos.

Afortunadamente, por lo mismo que esta secta literaria se paga mucho de impresiones del momento, no admite grandes variaciones ni consistencia, y no está llamada á ser muy trascendente, ni á tener gran porvenir: cierto que el gusto actual rechaza las inverosimilitudes y falsedades en que se complacía el gusto literario de no hace muchos años; y quizá esté ya elaborándose una transacción ecléctica entre el romanticismo de ayer y

el realismo de hoy, porque nunca dejará de estimarse que la verdad se presente vistosamente ataviada, más bien que desnuda, y no sólo desnuda, sinó súa y leprosa.— Si así no fuese, ¿querrá decírsenos cuál es el progreso literario realizado por el siglo XIX? Este siglo, que al inaugurarse encontraba un W. Scott, describiendo magistralmente los lagos y paisajes de Escocia, ¿habrá de preferir un Zola describiendo comercios y mercados, y patios de vecindad y galerías de minas? El siglo que empezó con las espléndidas bellezas de *Atala*, ¿habrá de encontrar más belleza en el *Germinal* de Zola, ó en la *Safo* de Daudet? El siglo que en sus comienzos oyó las *Armonías* de Lamartine, ¿habrá de tener por más estéticas las poesías blasfemas de Richepin, ó su *Canción de los Andrajosos*; y ha de encontrar que el cariñoso nombre de *angel querido*, esté mejor aplicado por Moncelet á un cerdo, pensando en sus jamones? La antipatía al clasicismo, ¿estará peor expresada por la elevación romántica, que por la degeneración de esos que á sí mismos se llaman hoy escuela de los decadentes?

En vano Flaubert con sus discípulos se acoje á un famoso apotegma, proclamado á todos vientos: “el arte por el

arte"; según Platón, que valía algo más que Flaubert, el arte como expresión de lo bello es el esplendor de lo verdadero, y no hay inconveniente en añadir que lo verdadero á su vez ha de ser el esplendor de lo bueno. Aún concediendo que ese naturalismo fuese una expresión de la belleza, que solamente el arte tiene derecho á vindicar, no se puede asentir al principio de que el arte no tenga otro horizonte que el arte mismo, sin sujeción alguna á reglas ó criterios de un orden más elevado. Pues qué, ¿bastaría que el militar proclamara "la guerra por la guerra" para que ésta dejase de ser la *ultima ratio* entre dos pueblos sin superior común, la apelación suprema al juicio del Dios de los ejércitos, y se convirtiese en un puro atropello por el lujo de ostentar la fuerza y el poder, como en los tiempos de Nemrod? ¿Bastaría que el abogado proclamase "el pleito por el pleito" para que, siendo defensor de la justicia, bajara á constituirse en leguleyo travieso y malicioso, buscando tras de cada ley la trampa proverbial que la elude? ¿Bastaría que el médico proclamase "la ciencia por la ciencia" para que no se limitase á operar sobre cadáveres ó animales vivos, y estuviese autorizado á practicar la vivisección?

ción sobre la carne fresca y palpitante de los humanos? No, el arte no puede cobijarlo todo, cual bajo una égida sagrada é incontrovertible: así, por ejemplo, muchos serán los tesoros de fantasía que el genio de Goethe ha derrochado en el episodio de la Noche de Santa Walpurgis; pero el arte jamás podrá conseguir que aquellas maravillas no sean poéticos disparates.

En vano se dirá con un autor ó autora española, que las literaturas nacional y extranjeras rebosan de pasages y de libros enteros tan subidos en color, que ni los toleran nuestras despreocupadas costumbres. Pero en primer lugar, expresiones hay que con el cambio de los tiempos se han hecho poco cultas, y que antes eran de uso casi corriente. Además, si los pasages inconvenientes no estaban como perdidos en obras de otra índole, si constituían de por sí una obra, ocultábase ésta avergonzada, donde hubiesen de ir á buscarla los que tuviesen tan mal gusto; eran como meretrices en sus zahurdas, oprimidas por su propio baldón, al paso que la novela realista, como moderna cortesana, aspira á ostentarse en los salones, y á obtener y dispensar allí los honores de la recepción. Por último, los

libros más depravados, la misma *Celestina* y hasta *El baroncito de Faublas* rendían homenaje, todo lo hipócrita y contraproducente que se quiera, pero al fin un homenaje á la moral, y no olvidaban aquella sana regla de concluir dejando la virtud recompensada y el vicio castigado; mas para el realismo diríase que no hay virtud ni vicio, ó que sus nombres se cambian, y que los argumentos se encaminan á recompensar el vicio y castigar la virtud.

En vano dirá Zola que él quiere obedecer á un método científico de observación en literatura, como el del cirujano Cl. Bernard en fisiología; no, la pluma no es el escalpelo, y tan impropio resulta, que la imaginación del literato se sugete á la sola esperiencia, como que la investigación anatómica obedezca á ideales fantasías; tan impropio sería que el escultor procediese por fórmulas algebraicas, como que el matemático las aplicase para apreciar el mérito de una estatua.

Lamentable confusión de ideas, que hoy vemos esparcida en tantas otras cosas; así, por ejemplo, posible es que un empleado á quien se pida un informe administrativo sobre rentas estancadas, pretenda adornar con flores y tropos las

elucubraciones económicas, y hasta querrá que tengan su elocuencia las columnas de guarismos. En cambio, si el realismo toma como protagonista de novela á una cigarrera—el caso es práctico—necesitará descender á los pormenores más prosáicos sobre manipulación de tabacos. Y digo que el caso es práctico, porque le hay, y de una novelista, y española, á quien le ha dado por ser campeona del naturalismo. Es más; esta Señora, á pesar de la delicadeza de su sexo, y de su sincero deseo de mantenerse fiel á la idea religiosa, se ha dejado arrastrar por una de las corrientes del realismo extremo. Así como en las novelas del tiempo de nuestros abuelos, cuando se deslizaba un mal propósito, había que envolverle en ambages y circunloquios, para que no ofendiese los oídos piadosos, así ahora, cuando como por artificio y contraste hay que presentar algo que arguya elevación de sentimientos, y que se capte la simpatía del lector, se busca como una atenuación el que recaiga en personajes zafios, equívocos ó estrafalarios.

Suelen ciertos enemigos del espíritu cristiano figurárselo como un ascetismo atrabiliario, que odia al mundo, porque solo vé en él corrupción de la carne, y

obras de iniquidad y de pecado; no tanto: así se achaca al Catolicismo lo que la Iglesia condenó en sectas exageradas y fanáticas, y en heregías falsamente místicas. A la verdad que ese odio hácia el mundo tendría mejor explicación si el mundo fuese el amasijo de inmundicias, de bajezas, de medianías, de imbecilidades, con que se pretende dárnosle en fotografía: gracias á Dios, en la naturaleza es también una realidad lo hermoso, y lo noble y lo bueno.

Otro ejemplo práctico de lo funesto del realismo, puede ofrecerse á los jóvenes católicos, del mismo modo que—salvo lo odioso de la comparación—se ofrecía el espectáculo de un ilota borracho á los jóvenes espartanos, como lección contra la embriaguez. Entre nosotros se halla una persona de notable inteligencia, de aventajada erudición, y dotada de tan esquisito gusto literario, que apenas salida de la adolescencia, su nombre como crítico era conocido en España, y aún fuera de ella. Por desgracia, es demasiado hijo del siglo, y en su primer novela de importancia, rindió parias al método y estilo realista.

Yo pensé que no sería impropio de este sitio y de esta ocasión el ocuparme en ese libro, como interesante novedad local; pero hube de desistir, porque pensé también que la ocasión y el sitio me imponían el prescindir de ciertas contemplaciones; era posible que las cañas se tornasen lanzas, y por grande que fuese mi deseo de hacer lo que llaman los franceses *pata de terciopelo*, los arañazos no resultarían ménos sensibles. Y aunque sobre muchos puntos, el autor á que me refiero y yo estemos como en los polos ártico y antártico, al fin se trata de una persona á quien estoy ligado con vínculos de compañerismo, y más aún con los de una estimación, que creo sea mútua.

No penetraré, pues, al detalle en ese libro; pero no parezca hipérbole si aseguro que puede adivinársele por de fuera. Pertenece á la Biblioteca *Arte y letras*, que está haciendo en Barcelona ediciones de relativo lujo por módico precio; la portada, gravada en colores sobre la encuadernación, fué hecha expresamente para el libro. Digo esto, porque en ella figura una iglesia, con cierta reminiscencia de una Catedral que todos nosotros conocemos, como si el artista no la hubiese visto más que en fotografía, y no tuviera empeño

de reproducirla exactamente; la torre, verdadera joya del arte gótico, descrita primorosamente en la novela, parece allí una torre de confitería, de las que se ponen en los castillos de dulce. Como á los piés de la iglesia, hay una especie de escudo de armas mal bosquejado, en que asoma una cruz herádica, bien notoria para nosotros, y está inscrito el ficticio nombre del pueblo donde pasa la acción; nombre ingeniosamente escojido, pues tiene metafórica significación propia, y guarda analogía con otro nombre latino más auténtico. Dominando este conjunto, hay en primer término una figura, por cuya cabeza parece que va á meterse el nombre del autor; figura que si algo significa, es algo de satírico, pero no de la sátira severa, que desde Juvenal hasta Barbier, puede ostentar cierta majestad; aquí el símbolo de la sátira desciende hasta Voltaire, más aún, hasta Mefistófeles, con sus preseos y atavíos de juglar de la Edad Media. Ese bufón mefistofélico y volteriano, está en actitud de acabar de quitarse un antifáz negro, y de apuntar con el dedo hácia la iglesia, á la cual dirige una mirada de través y socarrona.

Si es que el autor del libro no tiene otro modo de mirar la Iglesia, compren-

demos que no vea cuánto vive y palpita en ella de fé, de piedad, de tradición, de espíritu, de caridad, de elevación, de Cielo: quizá diga que para ver solamente esas cosas, hay que poner cristales de color de rosa en el lente del observador; pero en cambio, no se nos niegue que es necesario oscurecer esos cristales con negro de humo, que es necesario mirar por el negro antifáz que hay en la cubierta del libro, para no ver dentro de la Iglesia más que malas pasiones á rienda suelta, y alguna que otra virtud acomodaticia y de manga ancha, virtud de hombres de bien, ó de pobres hombres.—Si el novelista quiso huir del Escila de lo sobrehumano, fué para dar en el Caribdis de lo infrahumano, sin advertir que los tiros también dejan de ser certeros, por hacer la puntería demasiado baja; su libro podrá tener muchos é intencionados golpes, pero ningún golpe verdaderamente magistral.

En el pellejo del autor, no me hubiera dado yo por muy satisfecho con la cubierta especial del anverso, ya que la del reverso debe ser la general de la Biblioteca, ó como si dijéramos, el blasón de la casa editorial. Consiste este blasón, no acierto por qué, en una galera ó antiguo barco de remos, con una leyenda circular,

que me parece ha de ser tomada á V. Hugo, muy aficionado á juegos de palabras, y que dice "*Per angusta ad augusta*;" lo cual en mi concepto significa, que por estos medios estrechos y modestos de la amena literatura, se ha de llegar á fines augustos y elevados. ¿Y qué puede haber de elevado en tratar á individuos de una corporación eclesiástica respetable, como Cicerón trataría á aquel colegio de augures, de quienes extrañaba que pudieran saludarse sin darse de ojo y reirse? Pero aún, porque aquéllos al saludarse sonríen con gazmoñería, para disimular ruines enconos. ¿Qué hay de augusto en traer y llevar la devoción, como pesadilla de una dama histérica y ociosa, oscilando siempre entre delectaciones místicas y disquisiciones eróticas ajenas á su pobre marido? Esa señora pudo ahorrarse muchos malos ratos, atendiendo á la ropa blanca y á la despensa, y al aseo y régimen de la casa, que es el medio ambiente femenino, verdaderamente vetusto y realístico, el de la mujer fuerte de Salomón, y no el de la mujer débil en este siglo de hipnotismos y matrimonio civil. Ah! si la claridad del ingenio, lo exuberante de la imaginación y la gallardía del estilo pueden calificarse de algo de augusto, lo que re-

sulta estrecho y mezquino, es ponerlo al servicio de cosas bajas y baladíes; tales libros debieran cambiar la leyenda antes mencionada, de suerte que dijera: *Per angusta ad angusta*.

Por eso yo creo que al buen juicio del autor no se oculte, que la gran expectativa con que fué acogida su obra, quedó un tanto defraudada: fuera de la docena ó centenar de apasionados del sistema, la impresión en la masa general de lectores, fué de frialdad, cuando no de disgusto. El asunto no era nuevo; se presenta de por sí muy tentador para que dejen de abordarle los amigos de escabrosidades: V. Hugo le trató como de vuelo alto, Zola como de vuelo bajo, y también el español Galdós, ménos pulcro y atildado que el académico Valera sobre el mismo tema; mejor que todos ellos lo hizo Daudet (Ernesto), en su *Défroqué* (literalmente, el *descogullado*), y Droz, en otro libro titulado *Junto á un manantial*, no enteramente exento de perfidia, por más que pinte dignamente á un párroco luchando con su deber, y dejándose vencer por él. Pero analizar tan espinosa materia, de una manera siempre pedestre, sin dirigir nunca una mirada á lo alto, sin apartarla jamás de ninguno de los detalles más

bajos, todavía—y gracias sean dadas á Dios por ello—ofende y hiere la conciencia pública.

Cuando uno llega á concluir el libro, cuando uno se encuentra como última palabra de él con la palabra “sapo“, tan impropia de un autor capaz de escribir cosas muy grandes y muy bellas, no se puede ménos de pensar en que esa expresión final tiene su oportunidad, porque es como la final expresión de tal especie de realismos.

Que no suceda así, os diré para concluir, Señores y amigos míos; que no suceda así con vosotros, los que por vuestra aptitud ó por vuestras aficiones os sintais inclinados á publicar ó escribir algo: bien sea del género serio y grave, bien sean motivos ligeros ó de mero pasatiempo, que todos ellos sean susceptibles de llevar como coronamiento y remate el nombre tres veces Santo de Dios, ó ese otro nombre á la vez divino y humano, el Dulce Nombre de Jesús, cuya festividad celebró hoy la Iglesia.—Puedan con tan excelso Patrocinio tener feliz continuación las modestas tareas de esta Academia, informadas siempre por el espíritu cristiano.



*Ilmo. y Rvmo. Señor:*

**A**HORA habrá visto V. S. I. con cuánta razón pedí al principio su vénia, para tratar desde esta tribuna profana, lo que muchas veces y muy justamente es objeto de la oratoria y el púlpito sagrados. San Francisco de Sales, en el pintoresco estilo de su época y de su elocuencia, comparaba á las novelas con las setas, que la mejor no vale nada; y si el amable apóstol se expresaba de este modo hablando de las indigestas é inofensivas narra-

ciones de su tiempo, ¿qué diría en el siglo que nosotros alcanzamos, cuando la aмена literatura, producto espontáneo de la imaginación y la fantasía, parece destinarse á extraviar ó matar las ilusiones del hombre? Buen modo de embellecer y elevar ese poder de la ilusión, hija de la esperanza, del único bien que la fábula antigua concedía á la triste humanidad!

La fábula, ó si se quiere el mito, la tradición religiosa desfigurada, decía, si mal no recuerdo, que al abrirse imprudentemente la caja de Pandóra, todos los bienes habían volado al cielo, y que al cerrarla precipitadamente de nuevo, sólo había quedado la esperanza. Desde que sonó la hora de nuestra Redención, acompañan á la Esperanza sus hermanas la Fé y la Caridad, y ellas bastarían para regenerar el mundo.

Recientemente se ha acercado V. S. I. al centro de donde esas virtudes irradian, cual fuente de verdad, de consuelo y de amor. En su sagrada visita *ad límina*, V. S. I. habrá sentido como reanimadas sus fuerzas, para dirigir la grey que le está encomendada por la Providencia, y más y más ensanchado su corazón pastoral. Dígnese V. S. I. reservar en él un rincón para esta humilde Académia, que

si como corporación literaria se enorgullece de ver en este recinto á V. S. I., que tan señalado lugar ocupa en la ciencia sagrada y en la profana, como corporación católica desea merecer, cual prenda de las bendiciones de lo alto, la bendición episcopal de V. S. I.

ME DICHO.



ai como corporacion literaria se entien-  
 de que en este recinto de V. S. L. que  
 tan señalado lugar ocupa en la ciudad  
 sagrada y en la provincia como corpora-  
 cion catolica de sus miembros, cual queda  
 de las bendiciones de la alca, la bendicion  
 episcopal de V. S. L.

Me fisco.



